zación de estos países será completa dentro de treinta años. Ya no nos suministrarán ni trigo ni materias textiles y ello será grave; pero será más grave aún el hecho de que no absorban más nuestros productos manufacturados, como ocurrirá.

De esta manera se restringe la base agrícola de los estados industriales de Europa. Algunos de ellos, más previsores, más calculistas, y algo timoratos, como Francia, deben a la pobreza del subsuelo el haber conservado un mejor equilibrio. Pero han tenido que limitar su natalidad. Las naciones más audaces, como Inglaterra y Alemania, están amenazadas por su misma riqueza minera y su prosperidad industrial. La Europa se parece a ese héroe de Balzac que poseía una "peau de chagrin" misteriosa. Ese talismán permitíale realizar todos sus deseos, pero se achicaba cada vez. El día en que quedó reducido a la nada, ello significó la muerte. Nuestra superficie agraria, restringida por la superpoblación, es nuestra "peau de chagrin". Día vendrá en que ella será tan restringida hasta tener proporciones insignificantes. Sin trigo, ni algodón, ni lanas, ni cueros, ni nada de lo que es indispensable para alimentarnos y vestirnos, nos nos quedará sino morir.

Pero, aún cuando hubiese bastantes víveres y vestimentas, no podríamos ya asegurar su adquisición, porque, en resumidas cuentas, los productos se pagan con productos, y nuestras mercaderías no hallarían colocación sobre mercados ya saturados. Ya podemos prever la extensión y brutalidad de las crisis que sobrevendrán. Sólo es cuestión de tiempo. Puede calcularse que de aquí veinticinco o treinta años la industrialización de los países que ahora nos sirven de salida será un hecho consumado. Será luego la espantosa caída de todos los recursos industriales europeos y el colosal hundimiento de la vida de los obreros industriales. La población laboriosa, ya inútil para todo el efectivo ocupado en los productos de exportación, será totalmente incapaz de vestirse y alimentarse. Y no habrá ninguna catástrofe libertadora que pueda evitar el hambre y el desenlace apuntado, como lo creía Marx. No habrá cataclismo económico capaz de añadir una sola hectárea a la superficie agrícola que nos falte. Ni siquiera una medida de socialización industrial podrá socorrer al hambriento proletariado. Obra vana sería socializar una industria arruinada y la socialización de todas las fábricas no lograría ensanchar la superficie arable demasiado estrecha. La solidaridad del socialismo industrial y del capitalismo industrial se basa en el hecho que sus límites son los mismos. Crecen juntamente, pero están condenados a hundirse en la misma ruina final.

Esta deducción de Hildebrand me parece, pues, muy justa. Por otra parte ella no sólo es evidentemente realista, sino admirablemente tradicional. Continúa armoniosamente las grandes doctrinas económicas alemanas, desde Thünen a List y Robertus; permite interpretar lógica y originalmente una porción de hechos notables que originan inexplicable malestar, y prevé maravillosamente la trayectoria general de los hechos que acontecerán. Pero exagera la rapidez de su marcha, e Hildebrand se equivoca cuando pretende sacar proposiciones prácticas impropias para aliviar los males que él señala, o aptas cuando más para agravarlos con guerras bárbaras. Ahí está el peligro palpitado instintivamente por el partido que lo ha excluído. Pero, como no lo ha intuído sino de una manera vaga, el partido mismo se extravía en sofismas sangrientos, que no logra desechar porque no sabe definirlos.

El peligro señalado por Hildebrand surgirá un día, como el de la superpoblación que otrora denunciara Malthus. Pero aún está lejos, y no hay que presentarlo como el espectro apocalíptico del Hambre que pisotea ya con su corcel amarillo las multitudes retorciéndose de sufrimiento. Sí; los países nuevos se organizan indudablemente. Pero la India, aún exportando una cantidad de algodón cada año menor en relación a su producción total, no deja de exportar una cantidad que aumenta como cifra absoluta. Aún falta antes que nos rehuse las materias primas y esto ocurre con muchos países nuevos. Evitemos que un exagerado pesimismo cree el peligro que desearíamos conjurar.

CARLOS ANDLER.

(Continuará)

Notas internacionales

Rusia

Un documento de Kerensky

(Publicamos a continuación la nota que Kerensky dirigiera al Presidente de la Duma, solicitando la reunión del Parlamento para considerar las traiciones comprobadas en los Ministerios del Interior y Justicia de Rusia. La nota además de su valor histórico ilustra acerca del pensamiento de Kerensky y de su actitud como Jefe del Gabinete ruso, al cual posiblemente no pensaría llegar el enérgico diputado laborista cuando la escribió durante los últimos días del imperio de Nicolás II. En el gobierno de Berlín Kerensky veía al principal aliado del zarismo. Y esta firme convicción explica su tenaz oposición a la paz por separado. Traducimos del francés esta nota; la tomamos del "Mercure de France" (16-IV-1917), *de un artículo de J. W. Bienstock, sobre la Rusia Nueva.)* — N. de la R.

He aquí el documento:

"Señor Presidente: Por orden de la autoridad militar, se ha arrestado a algunos oficiales de los cuerpos de gendarmes y funcionarios del departamento de policía. Hállanse acusados de alta traición y de estar en relación con los enemigos de afuera. La traición tiene su foco en el ministerio del Interior. La sociedad rusa, desde hace ya mucho tiempo, sigue con inquietud los trabajos de esta administración, fundados sobre un sistema de provocación que descompone inevitablemente el organismo gubernamental y corrompe a los representantes del poder. La Duma del Estado ha señalado más de una vez el gran daño nacido de este sistema y ha expresado su desconfianza al ministerio del Interior, condenando toda la política interior del gabinete.

"La guerra estalla. Toda la Rusia en una suprema tensión de sus fuerzas, se precipita en un mismo impulso para repeler la agresión del enemigo. Sólo el ministerio del Interior, de acuerdo con el de Justicia, continúa esparciendo la irritación y la división en la sociedad. Por el arresto característico de Bourtzeff, el gobierno expande el entusiasmo entre mucha gente y aclara a su manera el sentido de las palabras sobre "el olvido de las discordias internas". Y es por numerosas razones que los diputados, advertidos por este arresto y el de los diputados obreros demócratas-sociales, la lucha contra la prensa, la política del gobierno en Galitzia, en Polonia, en Finlandia, expresaron en las sesiones de la comisión de presupuesto de la Duma, que todos estos actos de poder tienen visiblemente el carácter de maniobras destinadas a prevenir una honrosa salida de la lucha exterior. Esta acción nefasta del gobierno ha encontrado su manifestación más ruidosa en la publicación de un comunicado oficial mentiroso que atribuye a una parte de los miembros de la Duma del Estado, el deseo de la derrota de las armas rusas. Al mismo tiempo, en el seno del ministerio del Interior funciona tranquilamente y con seguridad una sólida asociación de verdaderos traidores. E involuntariamente se presenta al espíritu la suposición fuertemente aceptable de que el ministerio del Interior, intencionalmente, trata de extraviar sobre una pista falsa la atención pública. La sociedad rusa sabe bien que los elementos dirigentes del ministerio del Interior y del ministerio de Justicia son muy devotos de la idea pujante entre nosotros, de la necesidad imperiosa de restablecer rápidamente la unión estrecha con el gobierno de Berlín, el más sólido apoyo de nuestra reacción interior. Por esto ella no puede creer que pueda contar con esos departamentos para descubrir, en todo su conjunto, la organización de la traición, cuyos rastros han sido fortuitamente descubiertos por los poderes militares. Se impone una intervención de la sociedad rusa, porque ella sola puede gozar de autoridad. La Duma del Estado debe hacer todo para proteger a la nación contra los golpes odiosos asestados por detrás. En nombre de mis electores yo os ruego, señor Presidente, que insistáis como representante oficial de la Duma sobre la convocatoria inmediata de la Duma del Estado para que ella pueda interpelar al gobierno en lo relativo a la existencia de la alta traición en una administración central y cumplir con su deber de controlar incesantemente los actos del poder ejecutivo en un momento tan excepcional."

Federalismo y Descentralización

Todavía no es fácil discernir qué sucesos rusos revisten mayor importancia: si los desórdenes suscitados el día 17 por los maximalistas y leninistas en la capital de la nueva República o las tendencias secesionistas de la Ukrania, Finlandia y Lituania, que pudieran tener sus correspondiente repercusión en el Cáucaso y en Georgia... Unos y otros acontecimientos revelan el profundo grado de desorden interior que aun reina en Rusia, y nos advierten que debemos acoger con gran cautela las noticias que de ella se reciben, purgadas por una censura tan parcial como severa. Ya se nos dice que el orden se ha restablecido en Petrogrado. Es posible; pero preparémonos a recibir, cuando menos se espere, súbitos informes de nuevos trastornos que irán prolongándose hasta la reunión de la Asamblea Constituyente, y quizás más allá.

Si los 50 muertos y 800 heridos de Petrogrado indican la persistencia de las luchas políticas y sociales, la reciente crisis denota que entre los partidos directores tampoco se ha establecido la unidad de criterio nacional. Los cuatro ministros dimisionarios pertenecen al importante grupo de los "cadetes" (o demócratas constitu-